

EL ANGEL Y EL DEMONIO

Capítulo 1 – Cuando La Vi Por Primera Vez

La vi por primera vez desde lejos,
como quien mira un recuerdo que no ha vivido aún.

Era ella...

y aunque no sabía su nombre, su energía se sentía como un eco suave que resonaba dentro de mí.

No caminaba, flotaba.

No hablaba, sus ojos lo decían todo.

Y yo, desde mi rincón gris, supe que algo dentro de mí iba a cambiar.

Cuando estuvo cerca “tan cerca que el tiempo parecía haberse detenido”, no sentí paz, sino una tormenta hermosa.

Ella era todo lo que temía y todo lo que deseaba.

Una angelita, sí...

Pero no de las que se imaginan en las oraciones, sino de las que se ganan el cielo en los detalles: en una mirada cómplice, en la forma de sostener el mundo con una taza de café y una sonrisa sincera.

Su sola presencia, sin proponérselo, me llevó de la mano a los lugares más oscuros de mi alma.

No para juzgarme, sino para iluminar.

Ella, sin saberlo, me hizo mirar dentro de mí,
y descubrir que incluso en el corazón más roto hay jardines dormidos esperando florecer.

Y aunque yo me escondiera entre sombras,
ella ya me había visto.

Capítulo 2 – El Demonio Que Se Enamoró

Era inevitable.

El demonio que se escondía detrás de una mirada cansada, de palabras secas y silencios eternos, se enamoró.

La veía cada día en ese pequeño universo llamado Royal Caffé,
donde ella era el sol que amanecía en las mañanas nubladas de todos los que entraban.

Yo era solo una sombra más, una figura sin historia ni brillo...

Pero ella, sin darse cuenta, empezó a pintarme de nuevo.

Se convirtió en el único motivo por el que salía del encierro voluntario de mi alma.

Era su voz,

su forma de preguntar cómo estabas,

aunque lo hiciera con la misma rutina de siempre.

Para mí, cada gesto suyo era un milagro que no merecía.

Y así, el demonio que nunca creyó en el amor,

comenzó a sentir.

No de golpe, no como un rayo, sino como un fuego lento que empieza en el pecho y se extiende hasta el alma.

Con cada taza servida, con cada paso suyo por el salón, yo iba muriendo y renaciendo.

Ella no sabía que con su ternura me estaba salvando.

Y yo...

yo no supe cómo decirle que ya no era solo una clientela más,

sino un hombre que la miraba como quien mira la salvación sin atreverse a tocarla.

Capítulo 3 – El Abrazo y el Temor

Fue en un gesto simple...

cuando me extendiste los brazos sin miedo.

No pediste nada, no exigiste palabras. Solo me ofreciste ese espacio que creaste en tu pecho,

como si supieras que yo necesitaba descansar ahí desde hace siglos.

Y lo sentí.

Sentí ese amor suave, tierno, real.

Sentí lo que era pertenecer.

Por un instante, todo el ruido del mundo se detuvo, y tu abrazo fue un hogar que no conocía.

Pero también sentí miedo.

Miedo profundo, visceral.

No de ti... sino de mí.

De mis ruinas, de mis heridas abiertas, de todo lo que arrastro y no sé cómo explicar.

Temí que si te dejaba entrar, verías el caos detrás de mis ojos.

Temí arrastrarte a mi infierno.

Y entonces decidí frenar.

Decidí guardar distancia, poner límites a un amor que empezaba a crecer como una flor entre escombros.

No porque no lo sintiera, sino porque sentía demasiado.
Y pensé “erróneamente” que si me alejaba, te estaba protegiendo.

Quise cultivar algo real,
algo que no se deshiciera por ir demasiado rápido.
Quise que creciera como los árboles: lento, fuerte, eterno.
Pero en el intento, te hice sentir rechazo, abandono... silencio.
Y me odié por eso.
Porque tú solo ofrecías amor,
y yo respondía con duda.

Capítulo 4 – Lo Que Nunca Te Dije

Ahora que la distancia es todo lo que tengo de ti,
te pienso más de lo que admito.
Te hablo en los pensamientos, te busco en las canciones tristes,
te siento en los días nublados donde el mundo me recuerda a ti.

Y me arrepiento.
Dios, cómo me arrepiento.

No por haberte amado “eso lo haría mil veces”
sino por no haber sabido cómo hacerlo sin hacerte daño.
No supe decir que quería ir despacio,
que mi intención nunca fue enfriar el fuego,
sino mantenerlo vivo,
cuidarlo,
protegerlo de mi propio caos.

Quería un amor que creciera como las raíces: profundas, invisibles, invencibles.
Quería aprender a amar de la mano contigo,
no desde la desesperación,
sino desde la ternura del tiempo.

Pero no lo supe expresar.
Te alejaste pensando que no sentía lo mismo,
cuando en realidad tú eras lo único que sí sentía de verdad.

Si pudiera retroceder el tiempo,
no correría hacia ti...
caminaría.
Lento.

Con pasos firmes, con palabras claras, con el alma abierta.

Para que nunca sintieras que te rechacé,
cuando en realidad solo me estaba preparando para sostenerte como mereces.

Ahora solo me queda el eco de lo que pudo ser.

Pero si algún día el destino decide cruzarnos otra vez,
quiero que sepas que aún guardo en mí
la promesa que nunca supe decirte:

Yo también te amaba.

Solo necesitaba aprender cómo hacerlo.